

SHARPE Y LA BATALLA DE VITORIA

BERNARD CORNWELL

SHARPE Y LA BATALLA DE VITORIA

Richard Sharpe y la última campaña en la Península,
de febrero a junio de 1813

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Honour*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2024

© Bernard Cornwell, 1985
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1999
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6442-2

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 21288-2023

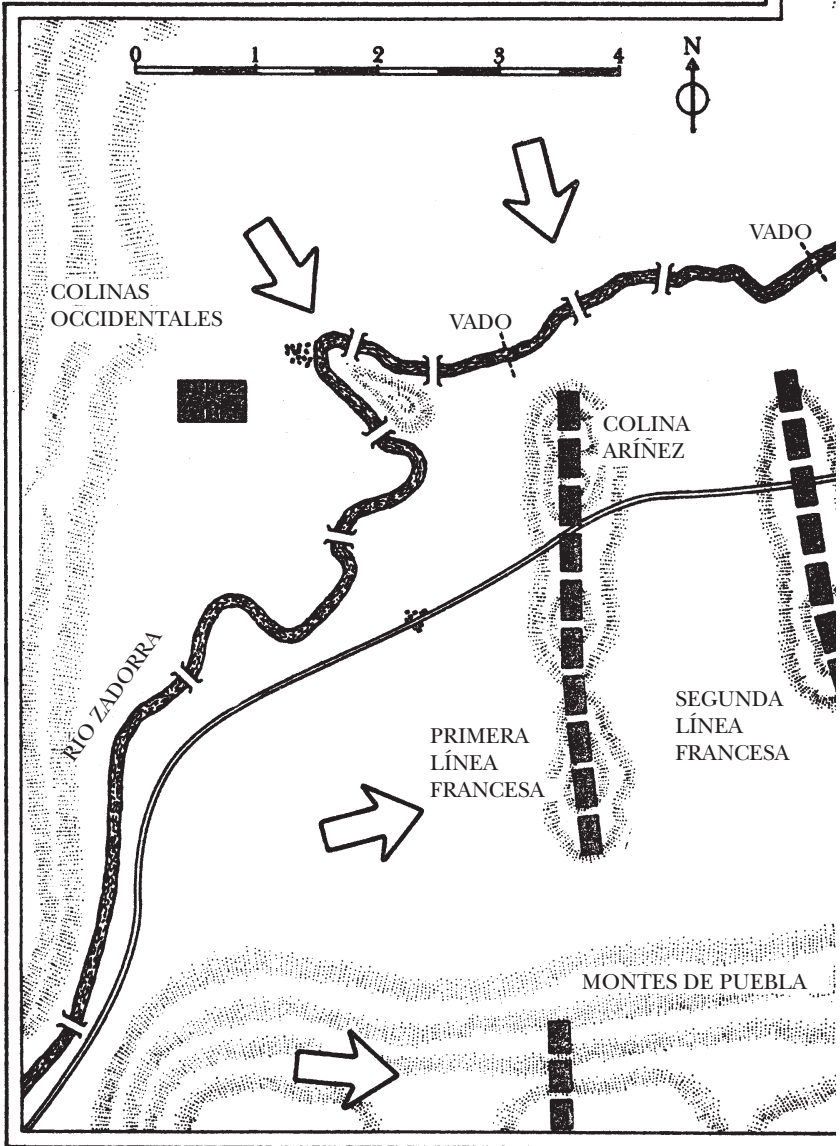
Impreso en España

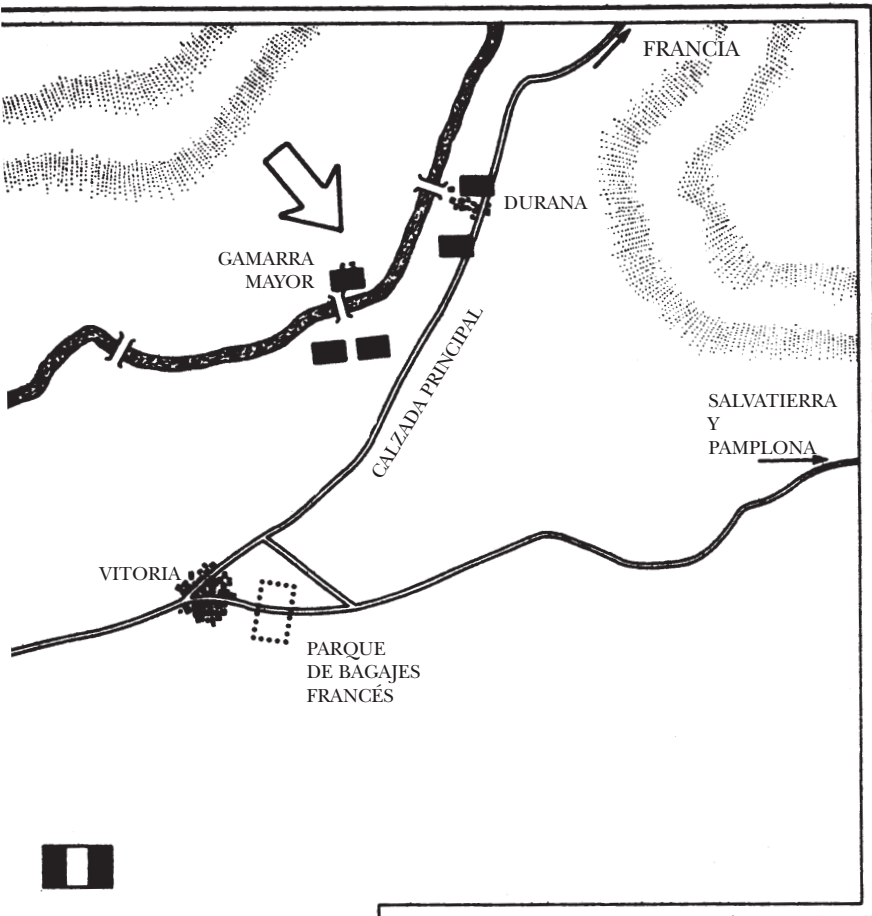
SHARPE Y LA BATALLA DE VITORIA

LA BATALLA DE VITORIA

21 de junio de 1813

Posiciones francesas y líneas de ataque británicas





PRÓLOGO

Había un secreto que iba a hacerle ganar la guerra a Francia. No se trataba de un arma secreta, ni de una estrategia sorpresa que obligara a los enemigos de Francia a batirse en retirada, sino de una estratagema política que echaría a los británicos de España sin disparar un solo mosquete. Era un secreto que había que guardar y que tenía un precio.

Con este fin, un día crudo de invierno de 1813, dos hombres iban ascendiendo las colinas al norte de España. Cuando llegaron a una bifurcación del camino tomaron el sendero menor. Fueron ascendiendo por senderos helados, subiendo cada vez más alto por un lugar de rocas, águilas, viento y crueldad, hasta que al final, en un sitio desde donde se veía el mar lejano brillando bajo el sol de febrero, alcanzaron un valle oculto que olía a sangre.

En la punta del valle había unos centinelas; hombres envueltos en harapos y pellejos, hombres cuyos mosquetes tenían las bocas ennegrecidas. Hicieron detener a los viajeros, les dieron el alto y luego, de forma incomprensible, se arrodillaron frente a uno de los jinetes, el cual les dio la bendición con su mano enguantada. Los dos hombres siguieron cabalgando.

El más bajo de los dos viajeros, el que guardaba el más secreto de todos los secretos, tenía el rostro delgado, cetrino, marcado por la viruela. Llevaba unas lentes que le rozaban detrás de las orejas. Hizo detener su caballo encima de una plataforma de piedra que se había formado cuando

se extraía hierro de ese valle. Miró con frialdad la escena que se le ofrecía abajo.

—Pensaba que no había corridas en invierno.

Se trataba de una corrida rudimentaria, nada que ver con el esplendor del espectáculo que se daba en las plazas de las ciudades grandes del sur. Un centenar de hombres jaleaba desde los laterales del foso de piedra, mientras que, por debajo de ellos, dos hombres martirizaban a un toro negro, furioso y escurridizo a causa de la sangre que le manaba de los músculos debilitados del pescuezo. El animal ya estaba débil, había sido mal alimentado durante el invierno y las embestidas resultaban penosas, se esquivaban con facilidad y pronto le llegaría la muerte. No lo mataban con la espada tradicional, ni con el cuchillo pequeño clavado entre las vértebras, sino con un hacha.

Un hombre enorme, vestido de cuero bajo una capa de piel de zorro, era el que ejecutaba. Blandió el hacha grande; la hoja brillaba bajo el pálido sol. El animal intentó esquivar el golpe, no lo consiguió y lanzó un último e inútil desafío hacia el cielo mientras el hacha le segaba la vida, atravesando hueso y venas y tendones y músculos, y los hombres que había alrededor del pozo rocoso vitoreaban.

El hombre bajo, cuyo rostro reflejaba desagrado por lo que había visto, hizo un gesto señalando al que sostenía el hacha.

—¿Es éste?

—Ése es, comandante. —El sacerdote grande observó al hombre pequeño con lentes como si le complaciera su reacción—. Ése es el Matarife.

El Matarife resultaba aterrador. Era grande, fuerte, pero lo que causaba miedo era su rostro. Tenía una barba tan tupida que su cara parecía mitad humana y mitad animal. La barba le crecía hasta los pómulos, de manera que sus ojos, pequeños y astutos, aparecían en una línea entre

la barba y el cabello. Era la cara de una bestia que ahora levantaba la vista por encima del toro muerto y miraba a los dos jinetes que estaban por encima de él. El Matarife se inclinó burlonamente. El sacerdote le devolvió el saludo levantando una mano.

Los hombres que estaban alrededor del pozo rocoso, guerrilleros que seguían al Matarife, exigían un prisionero. El cuerpo del toro era arrastrado rocas arriba, para reunirse con los otros tres animales muertos que habían dejado su sangre sobre la piedra helada y blanca.

El hombre menudo frunció el ceño.

—¿Un prisionero?

—No podía usted pretender que el Matarife no le hubiera preparado una bienvenida, comandante. Después de todo, aquí no viene un francés cada día. —El sacerdote estaba disfrutando con el desconcierto del francés—. Y sería prudente mirar, comandante. Si lo rechazara sería considerado un insulto a su hospitalidad.

—Maldita sea su hospitalidad —dijo el hombre menudo, pero se quedó.

Ese francés menudo no era un hombre que impresionara a la vista; los lentes le rozaban la piel, su aspecto era decepcionante. Pierre Ducos era considerado comandante, aunque, si ésa era su verdadera graduación o si tenía alguna en el ejército francés, nadie lo sabía. A ningún hombre le llamaba señor, a no ser que se tratara del emperador. Era medio espía, medio policía y totalmente político. Era Pierre Ducos el que le había sugerido el secreto a su emperador y era Pierre Ducos quien tenía que hacer que el secreto se hiciera realidad y entonces ganar la guerra para Francia.

Un hombre de pelo rubio, vestido tan sólo con una camisa y un pantalón, era empujado entre los cuerpos de los toros. Llevaba las manos atadas a la espalda. Parpadeaba

como si lo hubieran sacado de repente de un lugar oscuro a la luz del día.

–¿Quién es? –preguntó Ducos.

–Uno de los hombres que apresó en Salinas.

Ducos gruñó. El Matarife era un jefe guerrillero, uno de los muchos que infestaban las colinas del norte. Hacía poco había sorprendido un convoy francés y había hecho una docena de prisioneros. Ducos tiró de la patilla de sus lentes.

–Cogió a dos mujeres.

–Así es –confirmó el sacerdote.

–¿Qué les ha sucedido?

–¿Le importa mucho, comandante?

–No –contestó Ducos con tono agrio–. Eran putas.

–Putas francesas.

–Siguen siendo putas –dijo con desagrado–. ¿Qué les ha pasado?

–Ejercen su oficio, comandante, pero les pagan con la vida en lugar de con dinero.

Al hombre rubio lo habían llevado al fondo del pozo rocoso y allí le desataron las manos. Flexionó los dedos al aire frío y crudo, mientras se preguntaba qué le iba a suceder en aquel lugar que apestaba a sangre. El ambiente entre los espectadores era de diversión expectante. Permanecían callados, pero sonreían con burla, pues sabían lo que ocurriría.

Lanzaron una cadena al fondo del pozo. Allí se quedó, eslabones de hierro oxidado entre la sangre de toro que humeaba bajo el frío. El prisionero temblaba. Dio un paso atrás cuando un hombre levantó uno de los extremos de la cadena, pero luego accedió tranquilamente cuando le ataron los eslabones al antebrazo izquierdo.

El Matarife, con su espesa barba salpicada de la sangre del toro, cogió el otro extremo de la cadena. La enrolló alrededor de su brazo izquierdo y se rio del prisionero.

–Voy a contar cómo mueres, francés.

El prisionero francés no entendió lo que le decía. Sin embargo, sí entendió que le lanzaban un cuchillo; un cuchillo largo y bien afilado idéntico al arma que el Matarife tenía en la mano. La cadena que unía a ambos hombres medía diez pies.

El sacerdote sonrió.

–¿Conoce este tipo de combate?

–No.

–Requiere habilidad.

–Indudablemente –contestó Ducos con sequedad.

El Matarife tenía esa habilidad. Había luchado encadenado y con un cuchillo muchas veces y no temía a oponente alguno. El francés era valiente, pero estaba desesperado. Atacaba con fiereza pero torpemente. La cadena le hacía perder el equilibrio, estaba angustiado, recibía cortes, y con cada tajo del cuchillo del Matarife los guerrilleros que observaban iban contando. «¡Uno!» acogió una cuchillada que le abrió la frente al francés hasta el hueso. Con el «¡dos!» vio que su mano izquierda se le rajaba entre los dedos. Los números aumentaban.

Ducos observaba.

–¿Cuánto dura?

–Tal vez cincuenta cuchilladas –contestó el sacerdote encogiéndose de hombros–. Quizá más.

Ducos miró al sacerdote.

–¿Le gusta?

–Yo disfruto con todas las actividades humanas, comandante.

–Salvo una, sacerdote –dijo Ducos sonriendo.

El padre Hacha volvió a mirar al pozo. El sacerdote era un hombre corpulento, tan corpulento como el propio Matarife. No mostraba aflicción mientras el prisionero era acuchillado, rajado y desollado. El padre Hacha era en gran

medida el compañero ideal para el comandante Pierre Ducos. Al igual que el francés, era medio espía, medio policía y totalmente político, salvo que su política era la de la Iglesia y debía sus habilidades a la Inquisición española. El padre Hacha era un inquisidor.

«¡Catorce!», gritaron los guerrilleros. Ducos, sorprendido por la sonoridad del grito, volvió a mirar al pozo.

El Matarife, a quien no había tocado el cuchillo del prisionero, le había sacado el ojo izquierdo a su oponente con exquisita destreza. El Matarife se limpió disgustado la punta de la hoja en la manga de cuero.

—¡Venga, francés!

El prisionero se tapaba el ojo destrozado con la mano izquierda. La cadena se tensaba, los eslabones producían un ligero ruido en el pozo y la tensión de la cadena le hizo olvidar la mano ensangrentada y el dolor. Sacudía la cabeza medio sollozando, sabiendo que la forma en que moriría sería larga y dolorosa. La muerte de los franceses siempre lo era cuando eran capturados por los guerrilleros, y también era así la muerte de los guerrilleros capturados por los franceses.

El francés tiraba de la cadena, intentando resistirse a la fuerza, pero era impotente contra el hombre enorme. De repente la cadena se sacudió, el francés cayó y fue arrastrado por el fondo del pozo como un pez. Cuando el español se detuvo, el francés intentó levantarse, pero una bota le golpeó en el antebrazo izquierdo y le rompió los huesos, y volvió a arrastrarlo. Los guerrilleros que observaban se reían de los chillidos de dolor mientras la cadena tiraba del miembro roto. El rostro de Ducos no reflejaba nada.

El padre Hacha sonrió.

—¿No está usted disgustado, comandante? Es un patriota.

—Odio toda crueldad innecesaria.

Ducos volvió a empujar sus lentes. Eran unos lentes nuevos, traídos de París. Los viejos se los había roto el día de Navidad un oficial británico llamado Richard Sharpe. Esa afrenta todavía le dolía a Ducos, pero, como decían los españoles, esa venganza sería un plato que se comería frío.

Al llegar a veinte, el francés perdió el ojo derecho. Al llegar a veinticinco, sollozaba pidiendo clemencia, incapaz de luchar, con los pantalones sucios y hechos jirones y brillantes de sangre fresca. Al llegar a treinta, sin aliento y sollozando, el prisionero murió. El Matarife, indignado por la falta de lucha del prisionero y aburrido del espectáculo, le cortó la garganta y siguió rajando hasta que tuvo la cabeza en sus manos. Se la lanzó a los perros a los que habían separado a golpes de los toros muertos. Se desenrolló la cadena del antebrazo izquierdo, enfundó el cuchillo mojado y volvió a mirar a los dos jinetes. Le sonrió al sacerdote.

–¡Bienvenido, hermano! ¿Qué me has traído?

–Un huésped –contestó el sacerdote con convicción. El Matarife se echó a reír.

–¡Llévalo a la casa, Tomás!

Ducos siguió al inquisidor entre las rocas manchadas de rojo del mineral de hierro hasta una casa de piedra con mantas por ventanas y puertas. En el interior de la vivienda, calentada por un fuego que llenaba las paredes húmedas de humo, esperaba una comida. Había estofado de ternilla y grasa, hogazas, vino y queso de cabra. Lo servía una muchacha de rostro delgado y marcado con una cicatriz. El Matarife penetró en la cálida humedad de la pequeña estancia, y junto con él la peste a sangre fresca, y se reunió con ellos.

El Matarife estrechó al sacerdote entre sus brazos. Eran hermanos, aunque resultaba difícil entender que el mismo vientre hubiera dado vida a dos hombres tan diferentes. Eran iguales en estatura, pero en nada más. El inquisidor era sutil,

inteligente y delicado, mientras que el Matarife era bruto, alborotador y salvaje. El jefe de los guerrilleros era el tipo de hombre al que despreciaba Pierre Ducos, quien admiraba la inteligencia y odiaba la fuerza bruta, pero el inquisidor no le prestaría su ayuda al francés a menos que confiara en su hermano y fuera tenido en cuenta en su plan.

El Matarife se llevó unas cucharadas del estofado a la boca. La salsa de la carne le chorreaba por la barba. Miró con sus ojos pequeños y enrojecidos a Ducos.

—Es usted valiente al venir aquí.

—Vengo con la protección de su hermano.

Ducos hablaba perfectamente español, así como otra media docena de lenguas.

El Matarife sacudió la cabeza.

—En este valle, francés, está bajo mi protección.

—Entonces se lo agradezco.

—¿Ha disfrutado viendo cómo moría su compatriota?

Ducos siguió hablando con suavidad.

—¿Quién no disfrutaría viendo su destreza?

El Matarife se echó a reír.

—¿Quiere ver cómo muere otro?

—¡Juan! —gritó el inquisidor. Era el hermano mayor y su autoridad intimidó al Matarife—. Hemos venido por trabajo, Juan; no por placer. —Hizo una señal en dirección a los otros hombres de la estancia—. Y hablaremos a solas.

A Ducos no le había resultado fácil ir a ese lugar. Sin embargo, la situación de la guerra era tal que había accedido a las demandas del inquisidor.

Ducos había aceptado sentarse a esa mesa con su enemigo porque la guerra le iba mal a Francia. El emperador había invadido Rusia con el ejército más grande de los tiempos modernos, un ejército que había sido derrotado en un invierno. Ahora el norte de Europa amenazaba a Francia. Los ejércitos de Rusia, Prusia y Austria presentían la victo-

ria. Para combatirlos, Napoleón se llevaba tropas de España, en el mismísimo momento en que el general inglés Wellington se reforzaba. Tan sólo un tonto tendría confianza ahora en una victoria militar francesa en España y Pierre Ducos no era tonto. Sin embargo, si los ejércitos no podían derrotar a los británicos, la política podría hacerlo.

La muchacha delgada, temblando de miedo hacia su amo, servía vino áspero en las copas de cuerno montadas en plata. La plata llevaba grabada la «N» laureolada de Napoleón, un botín que había obtenido el Matarife en uno de sus ataques a los franceses. Ducos esperó a que la muchacha se hubiera ido; entonces, con su voz baja y profunda habló de política.

En Francia, en el lujo del castillo de Valençay, estaba prisionero el rey español. Para su gente, Fernando VII era un héroe, el rey perdido, el rey legítimo, un símbolo de su orgullo. No sólo luchaban para expulsar al invasor francés, sino para restaurar a su rey en su trono. Ahora Napoleón proponía devolverles a su rey.

El Matarife hizo una pausa. Cortaba el queso de cabra con el cuchillo que había torturado y matado al prisionero.

–¿Devolverlo? –dijo con incredulidad.

–Le devolveremos el trono –dijo Ducos.

Fernando VII, explicó el francés, sería enviado de vuelta a España. Sería devuelto como se merecía, pero tan sólo si firmaba el Tratado de Valençay. Ése era el secreto; el tratado, un tratado que, para la mente inteligente de Ducos, era una idea de genio. En él se aseguraba que el estado de guerra que desgraciadamente se había declarado entre España y Francia había terminado. Se firmaría la paz. Los ejércitos franceses se retirarían de España con la promesa de que las hostilidades no se reanudarían. España sería una nación libre y soberana con su propio y amado rey. Los prisioneros españoles que estaban en campos franceses serían

enviados a casa; los trofeos españoles, devueltos a sus regimientos. El orgullo español se vería bruñido por la adulación de los franceses.

Y, como compensación, Fernando tan sólo tenía que prometer una cosa: que daría por terminada su alianza con los británicos. Se ordenaría al ejército británico que abandonara España, y si vacilaba entonces no tendría forraje para sus caballos, comida para sus hombres o puertos para sus barcos de aprovisionamiento. Un ejército hambriento no era un ejército. Sin disparar un tiro, Wellington se vería expulsado de España y Napoleón podría llevarse todos y cada uno del cuarto de millón de soldados franceses que había en España y conducirlos contra los enemigos del norte. Era la jugada de un genio. Y, obviamente, un secreto. Si el gobierno británico siquiera soñara que tal tratado se estaba preparando, entonces el oro británico correría, se ofrecerían sobornos y el populacho de España se levantaría contra el pensamiento de una paz con Francia.

El tratado, admitía Ducos, no resultaría popular en España. La gente corriente, los campesinos cuyas tierras y mujeres habían sido devastados por los franceses, no recibirían bien una paz con su acérrimo enemigo. Tan sólo su bienamado y ausente rey los persuadiría de aceptarlo, y éste dudaba. Fernando VII quería palabras tranquilizadoras. ¿La nobleza de España lo apoyaría? ¿Y los generales españoles? ¿Qué diría, lo más importante de todo, la Iglesia? El trabajo de Ducos consistía en contestarle esas preguntas al rey y el hombre que le proporcionaría las respuestas a Ducos era el inquisidor.

El padre Hacha era inteligente. Había medrado en la Inquisición por su inteligencia y sabía cómo usar los archivos secretos que el Santo Oficio tenía de todos los hombres eminentes de España. Podía emplear a sus compañeros inquisidores en toda España para recoger cartas de tales hombres, cartas que se le presentarían al rey prisionero y que le

confirmarían que una paz con Francia resultaría aceptable a suficientes nobles, hombres de Iglesia, oficiales y comerciantes para llevar a cabo el tratado.

El Matarife escuchaba todo eso. Cuando la historia acabó se encogió de hombros, como dando a entender que tales cuestiones políticas no eran asunto suyo.

–Yo soy un soldado.

Pierre Ducos tomó un sorbo de vino. Una ráfaga de aire levantó una de las mantas húmedas de una ventana e hizo vacilar la vela de sebo que les alumbraba la comida. Sonrió.

–Su familia había sido rica.

El Matarife pinchó con su cuchillo unos restos de queso.

–Sus tropas destruyeron nuestra riqueza.

–Su hermano –continuó Ducos con cierto tono de burla– ha puesto precio a la ayuda que me va a prestar.

–¿Un precio? –inquirió el rostro barbudo al pensar en dinero.

Ducos le devolvió la sonrisa.

–El precio es la devolución de la fortuna familiar... y más.

–¿Más? –preguntó el Matarife mirando a su hermano.

El sacerdote asintió con la cabeza.

–Trescientas mil monedas, Juan.

El Matarife se echó a reír. Dirigió la mirada a su hermano y luego al francés; vio que ninguno de ellos sonreía, que la suma era correcta, y dejó de reír. Se quedó mirando a Ducos con aspecto beligerante.

–Nos está engañando, francés. Su país no pagará nunca esa suma. ¡Nunca!

–El dinero no provendrá de Francia –dijo Ducos.

–¿De dónde entonces?

–De una mujer –contestó Ducos en voz baja–. Pero primero tiene que producirse una muerte, luego un encarcelamiento y ahí, Matarife, es donde entra usted.

El jefe de los guerrilleros miró a su hermano buscando confirmación, la obtuvo y volvió su atención hacia el francés bajito.

–¿Una muerte?

–Una muerte. El marido de la mujer.

–¿Un encarcelamiento?

–La mujer.

–¿Cuándo?

Pierre Ducos vio que el guerrillero sonreía y sintió que la esperanza se apoderaba de él. El secreto estaría a resguardo y Francia salvada. Iba a comprar, con trescientas mil monedas que no eran suyas, el futuro del Imperio de Napoleón.

–¿Cuándo? –volvió a preguntar el guerrillero.

–En primavera –dijo Ducos–. Esta primavera. ¿Estará preparado?

–Siempre que sus tropas me dejen tranquilo –contestó riendo el Matarife.

–Eso se lo prometo.

–Entonces, estaré preparado.

El trato se cerró con un apretón de manos. El secreto estaría a salvo, el tratado que derrotaría a Gran Bretaña se firmaría y de paso Pierre Ducos se vengaría del inglés que le había roto sus lentes. Cuando llegara la primavera y los ejércitos se prepararan para combatir en una guerra que, en el plazo de un año, dejaría de librarse a causa del tratado secreto, un hombre llamado Richard Sharpe, un soldado, moriría.

CAPÍTULO 1

El comandante Richard Sharpe, un día húmedo de primavera en que un viento frío azotaba un valle rocoso, estaba sobre un antiguo puente de piedra y miraba fijamente el camino que conducía al sur hacia un paso bajo en la cima rocosa. Las colinas permanecían oscurecidas por la lluvia. Detrás de él y en posición de descanso, había cinco compañías de infantería, con los percutores de los mosquetes envueltos en trapos y las bocas tapadas con corchos para impedir que la lluvia penetrara en los cañones.

Sharpe sabía que la cumbre estaba a quinientas yardas de distancia. Dentro de unos momentos el enemigo aparecería sobre aquella cima y su misión consistía en impedir que atravesara el puente. Un trabajo sencillo, el trabajo de un soldado. Resultaba más fácil porque la primavera de 1813 era tardía, el tiempo no había llevado a esas colinas fronteras más que lluvia y el río que corría bajo el puente era profundo, rápido e infranqueable. El enemigo tendría que ir hasta el puente donde Sharpe esperaba o no atravesar la corriente de agua.

—¿Señor? —inquirió D'Alembord, capitán de la compañía ligera, con tono receloso como si no quisiera tentar el mal humor del comandante Sharpe.

—¿Capitán?

—Se acerca el oficial del estado mayor, señor.

Sharpe soltó un gruñido, pero no dijo nada. Oía los cascos lentos detrás de él; entonces el caballo se encontró

delante y un teniente de caballería excitado lo miró desde arriba.

—¿Comandante Sharpe?

Un par de ojos oscuros, duros y airados recorrieron las espuelas doradas del teniente, luego subieron por sus botas, por la capa de lana azul salpicada de barro hasta encontrarse con los ojos del alterado oficial del estado mayor.

—Me está usted estorbando, teniente.

—Lo siento, señor.

El teniente movió su caballo a un lado con presteza. Había cabalgado mucho, había recorrido un territorio difícil y estaba orgulloso de ello. Su yegua estaba inquieta, del mismo humor que su jinete.

—Saludos del general Preston, señor, y el enemigo viene por su lado.

—Tengo piquetes en la cresta —dijo Sharpe descortés—. Hace media hora que vi al enemigo.

—Sí, señor.

Sharpe miró hacia la cima. El teniente se estaba preguntando si lo que debía hacer era alejarse con su caballo y en silencio, cuando de repente el alto fusilero volvió a mirarlo.

—¿Habla usted francés?

El teniente, nervioso por estar por primera vez ante el comandante Richard Sharpe, asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Bien?

El caballero sonrió.

—*Très bien, monsieur, je parle...*

—¡No le he pedido que me haga una maldita demostración! Contésteme.

El teniente se sintió aterrorizado ante aquella reprobación tan salvaje.

—Lo hablo bien, señor.

Sharpe se quedó mirándolo. Al teniente le pareció que ésa debía de ser la forma de mirar de un verdugo a una víctima regordeta y que había disfrutado de privilegios.

—¿Cómo se llama, teniente?

—Trumper-Jones, señor.

—¿Tiene un pañuelo blanco?

—Sí, señor —contestó Trumper-Jones mientras consideraba que aquella conversación resultaba cada vez más extraña.

—Bien.

Sharpe volvió a mirar hacia la cima y hacia la hondonada, entre las rocas, allí donde el camino se fundía con la línea del horizonte. Pensaba que el día les había traído mucho trabajo. El ejército británico estaba desalojando las carreteras que se dirigían al este desde la frontera portuguesa. Hacían retroceder a las avanzadas de los franceses y eliminaban sus guarniciones, preparando los caminos para la campaña de verano del ejército. Y en aquel día de lluvia intermitente y viento frío cinco batallones británicos habían atacado una pequeña guarnición británica en el río Tormes. Cinco millas detrás de los franceses, sobre la ruta de su retirada, se encontraba el puente. Sharpe, con la mitad de un batallón y una compañía de fusileros, había sido enviado después de una noche de marcha tortuosa para cortar la retirada. Su misión era sencilla: retener a los franceses el tiempo suficiente para que los demás batallones avanzaran por detrás y los aniquilaran. Era así de simple; sin embargo, a medida que la tarde transcurría, Sharpe se ponía de mal humor y se amargaba.

—¿Señor?

Sharpe levantó la mirada. El teniente le ofrecía un pañuelo de lino doblado. Trumper-Jones sonreía nervioso.

—¿Quería usted un pañuelo, señor?

—¡No quiero sonarme la nariz, tonto! ¡Es para la rendición! —exclamó Sharpe frunciendo el ceño mientras se alejaba unos pasos.

Michael Trumper-Jones clavó la mirada tras él. Era cierto que mil quinientos franceses se aproximaban a la pequeña fuerza de menos de cuatrocientos hombres, pero nada de lo que Trumper-Jones oyera respecto a Richard Sharpe lo había predispuesto a pensar en una repentina rendición. La fama de Sharpe había llegado hasta Inglaterra, de donde hacía poco que Michael Trumper-Jones se había embarcado para enrolarse en el ejército, y, cuanto más se había acercado a las líneas de batalla, más había oído ese nombre. Sharpe era el modelo de soldado, un hombre cuya aprobación buscaban con afán los otros hombres, cuyo nombre se utilizaba como sinónimo de profesionalidad y, al parecer, un hombre que ahora pensaba en rendirse sin siquiera luchar. El teniente Michael Trumper-Jones, horrorizado sólo de pensarlo, miró furtivamente a un rostro oscurecido por el sol y el viento. Era un rostro atractivo, que sólo echaba a perder una cicatriz que le tiraba del ojo izquierdo y le daba un aspecto burlón y astuto. Trumper-Jones no lo sabía, pero ese aspecto que le confería la cicatriz desaparecería con una sonrisa.

Lo que más le sorprendía a Trumper-Jones era que el comandante Richard Sharpe no llevaba señales de su graduación, ni faja ni charreteras; en realidad nada, salvo la gran espada de caballería abollada a su costado, indicaba que era un oficial. Parecía, pensaba Trumper-Jones, la auténtica imagen de un hombre que se había hecho con la primera águila francesa capturada por los británicos, que había asaltado la brecha en Badajoz y cargado junto con los alemanes en García Hernández. Su aspecto confiado hacía que resultara difícil creer que inició su carrera en la tropa. Y aún más difícil creer que fuera a rendirse con sus numerosos hombres sin haber luchado antes.

—¿Qué está mirando, teniente?

—Nada, señor.

Trumper-Jones supuso que Sharpe observaba las colinas del sur. Así era, pero se había percatado de la mirada fija del teniente, y le había molestado. Odiaba que lo señalaran, que lo observaran. Tan sólo se encontraba a gusto aquellos días con sus amigos. También era consciente de que su actitud hacia el joven oficial había sido innecesariamente ruda. Levantó la vista hacia él.

—Hemos contado tres cañones. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor.

—¿De cuatro libras?

—Eso creo, señor.

Sharpe gruñó. Vigilaba la cresta. Confiaba en que con las dos preguntas le cayera mejor al oficial, aunque en realidad Sharpe no era amable con ningún desconocido en aquellos días. Se había sentido agobiado desde Navidad, debatiéndose entre intensos remordimientos y una desesperación salvaje por la muerte de su mujer en las nieves de la Puerta de Dios.¹ A la mente le venía espontáneamente la imagen de la sangre en su garganta. Sacudió la cabeza, como para sacarse esa imagen de dentro. Se sentía culpable de la muerte de su mujer, se sentía culpable por haberle sido infiel, se sentía culpable de no haber correspondido a su amor como se merecía, se sentía culpable de haber dejado a su hija sin madre.

Estaba sin dinero a causa de esa culpa. Su hija, que aún no tenía dos años, se educaba con un tío y una tía, y Sharpe había reunido todos sus ahorros, robados al gobierno español, y se los había dado a Antonia, su hija. No le quedaba nada, salvo su espada, su fusil, su catalejo y las ropas que llevaba a la espalda. Le daba envidia el joven oficial del estado mayor, con los arneses de su caballo caro, la vaina dorada y las botas nuevas de cuero.

1 Véase *Sharpe y el oro de los españoles* y *Sharpe y su peor enemigo*.

Se oyó un murmullo tras él en la tropa. Los hombres habían visto las figuras pequeñas que se distinguían de repente sobre la cima sur. Sharpe se dio la vuelta.

–¡Batallón! –Se hizo un silencio–. ¡Batallón! ¡Atención!

Las botas de los hombres resonaron sobre las rocas mojadas. En dos filas, se extendían hasta el otro lado de la boca del pequeño valle que conducía hacia el norte.

Sharpe los miraba fijamente, sabedor de su nerviosismo. Ésos eran sus hombres, de su batallón, y confiaba en ellos, incluso contra un enemigo que los superaba en efectivos.

–¡Sargento Huckfield!

–¡Señor!

–¡Despliegue los estandartes!

Los hombres, pensó el teniente Michael Trumper-Jones, sonreían burlescamente, algo impropio de un momento de tal solemnidad. Entonces vio por qué. Los «estandartes» no eran los propios de un batallón: en su lugar había jirones de tela atados a dos troncos de abedul sin ramas. La lluvia hacía que quedaran colgados mustios y sin brío, de manera que desde cualquier distancia resultaba imposible ver que las banderas no eran más que dos capas adornadas con vueltas amarillas arrancadas de las casacas de los soldados. En la parte superior de ambos estandartes se había envuelto más tela amarilla para que parecieran, al menos a distancia, la corona de Inglaterra.

Sharpe percibió la sorpresa del oficial del estado mayor.

–Los medios batallones no llevan estandartes, señor Trumper-Jones.

–No, señor.

–Y los franceses lo saben.

–Sí, señor.

–Así que ¿qué van a pensar?

–Que tiene usted un batallón completo, señor.

–Exactamente.

Sharpe volvió su atención hacia el sur, dejando a Michael Trumper-Jones extrañado de por qué este engaño era un prolegómeno necesario a la rendición. Decidió que era mejor no preguntar. La cara del comandante Sharpe no animaba a las preguntas ociosas.

Y no era de extrañar, pues, mientras el comandante Richard Sharpe miraba fijamente hacia la cresta del sur, pensaba que el valle de aquel río era un lugar desdichado, poco adecuado y estúpido para morir. A veces se preguntaba si una vez muerto volvería a encontrarse con Teresa, si vería su rostro delgado y brillante que siempre lo recibiera con una sonrisa; un rostro del cual, a medida que su muerte se desvanecía, había perdido los detalles en su recuerdo. Ni tan siquiera tenía un retrato de ella; su hija, que se criaba con su familia española, no tenía retrato de su madre o de su padre. Sharpe sabía que el ejército se iría de España un día; él marcharía con él y su hija quedaría a merced de la vida, del mismo modo que él se había quedado huérfano de pequeño. «La desgracia engendra desgracia», pensó, y entonces le consoló recordar que los tíos de Antonia eran unos padres mejores y más cariñosos de lo que él hubiera sido.

Una ráfaga de viento azotó el valle con lluvia, oscureciendo la vista y silbando sobre las piedras del puente. Sharpe levantó la vista hacia el oficial a caballo.

–¿Qué ve usted, teniente?

–Seis jinetes, señor.

–¿No tienen caballería?

–No que hayamos visto, señor.

–Entonces son sus oficiales de infantería. Los cabrones están planeando nuestra muerte ahora.

Sonrió amargamente. Deseaba que aquel mal tiempo acabara, que el sol calentara la tierra... Se quitó de la cabeza el recuerdo del invierno.